observar compostura y ecuanimidad, cuando Mr. Burnouf se le presentó á nombre del Emperador ofreciéndole "arrojar del poder á Márquez, Lares y *Compania*, (frase en extremo familiar para la seriedad del caso), D. Porfirio contestó cortesmente, que..... "*no era posible.*" Es verdad que él albergaba un espíritu monstruosamente ambicioso, y que los psicólogos del partido conservador debieron haber penetrado, á no dudarlo, sus tortuosidades; pero anduvieron deficientes en su exámen y conclusiones, y desconocieron la significación del momento. Era ya Febrero de 1867 y la balanza de los destinos se inclinaba hacia el lado de los defensores de la patria; además, Díaz acababa de recorrer una verdadera "vía triunfal," y era absurdo imaginar siquiera, que á tal hora fuera á pasarse á un enemigo debilitado por grandes reveses, y en vísperas de completa ruina. *Otro*.....era el *enemigo* que ya para entonces flotaría, como negra sombra, en las lontananzas de sus ambiciones....

El sagaz historiógrafo Iglesias Calderón hace hincapié en este episodio; pero no para elevar á Díaz hasta las nubes por haber sido bastante cuerdo para tomarle el pulso á la situación política, sino á fin de poner de bulto las graves tendencias del Archiduque á traicionar á sus Ministros y hasta á sus más bravos y expertos generales. La observación es justa y la historia debe tomarla en cuenta.

De Acatlán cambia el Caudillo su Cuartel General á Huamantla á fines de Febrero. Recibe aquí considerables refuerzos, y, en tanto que en la región del Norte graves acontecimientos se desenvolvían y *otro* glorioso Ejército, al mando de *otro* Caudillo no menos insigne que el héroe de *La Carbonera,* había venido señalando su épica marcha con una serie de triunfos—en el momento culminante—Díaz, tras de haber descendido al Valle de Puebla, establece su Cuartel General en el Cerro de San Juan, frente á la Ciudad famosa, á la sazón fortificada y artillada por enemigos formidables. Los detalles del SITIO y el ASALTO son harto conocidos; pero injustos seríamos con nuestro

LA TRAICION DE MAXIMILIANO., pag. 84.

HEROE—y con aquellos valientes soldados, oficiales, y jefes de alta graduación, que allí lidiaron como leones, mil obstáculos superaron, y heridos quedaron en el campo ó perecieron por la gloria de la patria—si por completo silencio guardáramos sobre tan magníficas hazañas. El heroico Gral. Noriega defendía la plaza, y con él los no inferiores en bravura Arriaga y Tamariz. Con Díaz, y bajo la bandera republicana, militaba una pléyade de jefes decididos, hombres resueltos á jugar la vida y arrebatar la palma, á trueque de los mayores arrojos. No habría tiempo que perder. El sitio se inicia tenaz y sangriento. Puede decirse que principió por la mitad, cuando ya los soldados quemados por la pólvora, experimentan la necesidad del estruendo, de la carnicería, para templar sus nervios. No hubo trabajos previos de ingeniería dignos de tal nombre. Se trataba de *acabar* venciendo á toda costa.

La *Division del Sur* había engrosado el Ejército sitiador, compensando de esta suerte los elementos que Díaz habíase visto obligado á ceder para que fuesen utilizados en el SITIO DE QUERETARO, donde á la sazón se hallaba la clave del gran conflicto. Uno por uno los puntos estratégicos fueron capturados, disputándolos á sus denodados defensores palmo á palmo. San Javier, Santiago, la Penitenciaría, la Capilla de Guadalupe, la Alameda, y otros, y otros lugares bien defendidos, iban cediendo al empuje de los sitiadores. Cayó luego la Merced—á tiempo que en el Circo Charini se verificaba un combate feérico, si infernal no debemos llamarlo.—El incendio se había declarado en el edificio y enormes llamaradas rampantes, sedientas al parecer de sangre, lamían por todas partes los suelos regados de cadáveres y heridos. Rostros ennegrecidos, manos rojas empuñando frenéticas un arma indócil á su frenesí agónico, gritos de espanto y de rabia, imprecaciones y voces de mando, todo esto pespunteado con menudas y frecuentes descargas, oíase y se veía en todas direcciones. La atmósfera irrespirable por el denso humear de las descargas y el incendio; el polvo y el olor acre de la sangre quemada, el trepidar causado por los desplomes,

las iluminaciones rápidas de los disparos que parecían vomitar globos de fuego, la grita y el ruido sordo de la lucha singular y los estertores y quejidos; nada, nada era bastante para dominar la furia, el anhelo de destrucción cristalizado en aquellos espíritus, de los que todo sentimiento humano había desaparecido con el primordial instinto de conservación. El fuego, avivado por el viento y abundancia de combustible, cobraba creces; pero aquellos hombres que obedecían la voz enronquecida del Caudillo de *La Carbonera*—él también ennegrecido, ensangrentado y desgarradas ó quemadas sus ropas por las llamas y proyectiles—no estaban allí para combatir el incendio, para dominarlo; sino para arrojarle explosivos y combustible humano..... Estas escenas de horror se repiten más tarde en los baños de Carreto. Allí mandaban á los rudos asaltantes el fogoso Alatorre y el terrible Díaz. También en ese lugar se declaró un incendio formidable, que tampoco contribuyó para debilitar la defensa, ni mucho menos á detener el ataque de los sañudos sitiadores. Adelantaron estos por entre vallas de llamas, techos que se derrumbaban y escombros que arrojaban humo nauseabundo, con firmeza y denuedo. Una granizada de balas iba cegándoles al paso y clareando sus filas; pero avanzaban. Acometían heridos, magullados, quemados, cegados por el polvo y por el humo; pero avanzaban siempre. El enemigo iba cediendo, replegándose, vacilando, hasta el instante final, decisivo del pánico y de la fuga.

Y estas escenas de heroismo brutal, que explica cómo los mejicanos pudieron hacer en pocos días, lo que las disciplinadas tropas francesas apenas lograron en meses, se repetían á cada hora y en cada uno de los puntos atacados. Mejicanos eran los del ataque y mejicanos los de la defensa; mas, entre unos y otros se retorcían, implacables como espectros, leyes de exterminio. No había cuartel. Era preciso defenderse hasta caer; y hasta morir seguirse defendiendo.

En tales condiciones llegó al General en Jefe del Ejército sitiador la apremiante noticia de que Márquez, el famoso Lugar-Teniente del Imperio, al frente de un Ejército numeroso, se dirigía á la ciudad sitiada..... Si lograba llegar á tiempo, la suerte de Díaz, la suerte de Maximiliano, la suerte de la República, se decidiría de otra manera.—¿Acaso no lo vieron así los sitiadores de Querétaro? ¿Obró cuerdamente Díaz sitiando á Puebla? ¿Obró bien Márquez desobedeciendo al Emperador? ¿Hizo lo que debía el Gobierno de Juárez obligando á Díaz á privarse de recursos casi indispensables, dada la actividad que Márquez estaba desplegando en la Capital de la República? O, ¿se trata simplemente de una cadena de errores?—"*Quizas otro cantara con mejor plectro.*"

El Jefe del Ejército sitiador no perdió tiempo. Convocó á una Junta de Guerra, y en esta se decidió el asalto de la plaza, quedando encargado de los detalles el General Alatorre. A las tres y media de la mañana del 2 DE ABRIL DE 1867, la fogata del Cerro de San Juan indicaba la hora del asalto. ¡Cuantas veces en los aniversarios de las grandes fiestas nacionales hemos escuchado, desde la niñez, el relato conmovedor de tan glorioso triunfo! Familiares nos son los sitios donde Acuña, Rodríguez, Vázquez y tantos y tantos otros, encontraron la muerte luchando como bravos. En la calle de la Siempreviva, antójasenos aún estar viendo al entonces Comandante Carlos Pacheco. Herido por un proyectil que le destroza un brazo, vacila un instante y cae; mas luego se incorpora y acomete; llama sus soldados á las trincheras, y á tiempo que el suelo va regando con su sangre, avanza todavía, hasta que un nuevo proyectil le destroza una pierna. Cae, pero aún apostrofa, manda á sus soldados, y cuando del campo le sacan, es porque ya lleva en el pecho el inmenso orgullo del triunfo.

No muchos días antes, en el asalto del Hospicio, el valiente Gral. Manuel González perdió un brazo en la refriega; la sangre le mana á torrentes, y cuando se le habla de sacarle del campo, la furia que á su rostro asoma sólo le permite lanzar una palabra, mitad imprecación, mitad orden: *adelante!*.....

¿Y los soldados? ¿Quién contará con pluma experta las increibles hazañas que efectuaron aquel día memorable? Hemos escuchado á antiguos jefes del Ejército, narrar conmovedoras escenas en que los soldados moribundos, en un postrer instante, cedían sus armas aún cargadas á los que pasaban sobre sus cuerpos sangrientos—y actos heroicos sin número; pero.....no es esta la ocasión de referirlos.

Escasamente habían transcurrido dos horas desde que principió el asalto, y ya por todas las calles piquetes de fuerzas liberales, derribando trincheras y saltando fozos, llevaban en fuga al enemigo, que sólo hacía parada para rendirse. Poco después, la Plaza de Armas era el punto de reunión de los vencedores, jefes y soldados. Díaz estaba conmovido, como en ninguna de sus victorias precedentes. He aquí lo que entonces decía á sus soldados: "Acabais de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla?..... Intrépidos en el combate y sobrios en el uso de la victoria, habeis conquistado la admiración de esta ciudad por vuestro denuedo y su gratitud por vuestra disciplina. ¿Qué General no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Mientras cuente con vosotros se reputará invencible vuestro *amigo*—PORFIRIO DIAZ.

De 1867 á 1900, iban transcuridos 33 años; una generación, ó dos, según los romanos. Y en este último año, siendo ya tirano de Méjico el HEROE DEL 2 DE ABRIL, hace que con fondos de la Nación publque un cotesano—Melesio Parra— sin prudencia, ni selección, ni mucho menos talento, cuantas majaderías favorables al Autócrata han dicho en el Extranjero de su ídolo, quienes mal le conocen, ó fingen desconocerle. Deja, por supuesto, en el tintero, lo muchísimo adverso que de él se ha dicho; pero, veamos lo que importa. En esa obra expensada por el Gral. Díaz, con fondos nacionales, se dice lo siguiente, página 29: "En la historia relativamente moderna, los únicos *sinonimos* de la carrera militar de Díaz (de la clase en que las filas son numerosas, ciertamente, pero en que el *caudillo* realmente es EL EJERCITO) son Cortés y Pizarro. Nuestra

propia historia (la de los Estados Unidos) no tiene ningún ejemplo semejante, aun entre los Mariones y los Custers y los Roosvelts; por la *razon palpable* de que ninguno de estos, *nuestros leones*, era..... *Capitan de ovejas.*"

¡Capitán de *ovejas!* ¡Ovejas los soldados del 5 de Mayo, del Sitio de Puebla, de Miahuatlán, de La Carbonera, del 2 de Abril! ¡Ah! General, ¡pobres, pobres de vuestros *amigos;* pobres, pobres *juanes!*

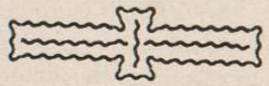
Rendidos los fuertes de Guadalupe y Loreto, grande fué el botín, considerable el número de los prisioneros. Y en llegando á este punto en la narración de la historia del Gral. Díaz, sus biógrafos pasmados sumerjen la cabeza en el polvo, y no encuentran palabras con que sublimar la magnanimidad del semidiós oajaco, por no haber tocado á degüello, después del triunfo, ni haber pasado á cuchillo siquiera á 500 ó 600 de los prisioneros. Nó; se contentó con imitar á Bazaine y á Forey, quienes tampoco perpetraron fusilatas inútiles (y *mas justificables* por razón de la incertidumbre del momento), á la caída de Puebla y Oajaca. La verdad que no se ve el talento de los que pretenden elogiar, encarecer la *magnanimidad* de Díaz, por no haberse hecho *reo vulgar* de nefandos asesinatos, deshonrando á aquella hora la causa nacional con derramamientos de sangre innecesarios. ¡Si todavía hubiera sido *despues*, compulsando los atroces atentados de lesa humanidad de muchos traidores—como en otras naciones y tiempos ha sucedido en casos semejantes—es á saber, tras de haber sido sujetos los criminales á las formalidades de un juicio! Pero, aún en este caso, sin imitar la barbarie inglesa cuando los amotinados de Dalhi, (el 57); aunque no se tratara de castigar rebeldes, sino traidores; nó patriotas, sino invasores y viles mercenarios. Pero..... *¡Diaz clemente, Diaz magnanimo!*..... ¡Ah, sí; Nerón fué también magnánimo cierto día! Nerón, el artista, el soñador, el actor regio, el enamorado del Arte, el que mató á Traseas porque su deficiencia de oído musical le impedía extasiarse con los trinos y "si bemoles" del purpurado cantor, ese mismo Nerón, compitió cierto día con el

poeta Lucano—un poeta bárbaro, un español de los que Augusto hizo ciudadanos—y no paró allí la intriga, sino que, arrebatado el "jurado calificador" por los hermosos versos del futuro autor de la "Farsalia," que entonces cantaba á Orfeo, le adjudicó el "gran premio" del certámen, desoyendo de mala gana los imperiales exámetros del coronado poeta. "Toda la ciudad (como de Díaz dicen los historiadores), se esperaba que la misma noche ó al siguiente día, habría muchas ejecuciones sangrientas." Ya se confesaban con Júpiter los "jurados" y entre sí unos con otros; pero, nada, el magnánimo, el generoso, el tierno y cariñosísimo Nerón, perdonó á todos. Nada más ordenó al poeta suavemente, que "quedase á disposición del Gobierno hasta nueva orden," y, sobre todo, que no volviera á leer versos en público. Es innegable que Suetonio nos cuenta que luego recibió Lucano mandato cesáreo para que se propinara mortal sangría; pero, á decir verdad, esto no fué por delito alguno de imprenta, ni anduvo en ello el artículo 7° constitucional reformado "á Palo Blanco," sino por haber conspirado con Pisón, contra la gloriosa vida del Príncipe Apolo.

. . . . . .

Y una vez dueño de Puebla—¡Méjico, la Ciudad de los Palacios, la Ciudad de sus sueños, la de los supremos mandatarios, le sonreía en lontananza! ¡Ah, si la sombra de JUAREZ no asomase su cabeza hirsuta, como el GENIO DE LA RAZA, por encima de las nevadas crestas de los volcanes del Valle, exurgida al parecer de la trémula superficie de los lagos somnolientos!

—¿Nuevos obstáculos? debió haberse preguntado entonces el héroe guerrero, ¿qué importa?—¡A MEJICO



CAPITULO VIII.

La Reaccion.—Caudillos Republicanos.—Maximiliano.—Ultimos Errores.—El Mariscal Bazaine y los Jefes Confederados.—Los Estados Unidos y Mejico.—Los Triunviros de Paso del Norte.—El Gral. Lalanne en Tololuca.—San Lorenzo.—La Republica Renace.—Las Armas de Aquiles.

El Imperio se hundía, como hiena enfangada en charca de sangre. La reacción iba produciéndose en toda la República. Don Félix Díaz y Pérez Figueroa en el Sureste, Régules y Corona en el Suroeste, Alejandro García coaligando los Estados de Oriente, Jiménez y Altamirano batiéndose como leones en Guerrero, Rosales evolucionando con éxito en Sinaloa y Sonora, Don Porfirio Díaz en la campaña triunfal que dejamos descrita á grandes rasgos, y el *Ejercito del Norte* ante los fuertes de Querétaro, cerraban en una malla de desastres al agonizante Imperio.

Ocioso sería relatar los postrimeros quebrantos de Maximiliano: su lucha con el Clero inevitable, porque en sus bienes veía la posibilidad única de apuntalar el edificio que se desmoronaba; sus celos de mando é influencia del Mariscal Bazaine, á quien denunciaba y acariciaba al mismo tiempo; su falta de confianza en los generales infiden-